

ción entre ciencias sociales y ciencias puras no puede explicarse únicamente por la importancia que a nivel mundial han adquirido en los últimos años ciertas disciplinas que se incluyen dentro del área de las ciencias sociales, ni tampoco por el subdesarrollo científico del país, patente en terrenos como la Física, la Biología, etcétera. La desproporción señalada pone de manifiesto el problema de la aún escasa utilización del catalán como lengua de expresión científica en el área de las ciencias puras.

Sensibles a este problema, sin cuya solución el idioma catalán quedaría relegado a una lengua de segundo orden, un numeroso y prestigioso grupo de científicos catalanes hizo público recientemente las conclusiones del coloquio: «El catalán, lengua de expresión científica», celebrado en Prada (Conflent, Francia), el 25 de agosto de 1973 dentro de las actividades de *Universitat Catalana d'Estiu* (Universidad Catalana de Verano) que con tanto éxito se viene celebrando durante estos últimos años y que en el presente ha alcanzado su máximo desarrollo. Este manifiesto ha sido firmado por 173 científicos catalanes, entre los que figuran conocidos catedráticos de la Universidad de Barcelona, y en él se aboga por la plena utilización del catalán en el trabajo científico cotidiano como algo irrenunciable a los hombres de ciencia de una comunidad cultural determinada. En cuanto al problema de las publicaciones, las propuestas expresadas en el manifiesto son las siguientes:

— Hacer todo lo posible para publicar en catalán los textos destinados a la comunidad cultural propia (manuales, libros de texto y obras de divulgación). Que los lectores, en suma, puedan acceder al conocimiento científico directamente en catalán.

— Publicar preferentemente en catalán los trabajos de investigación científica referidos al medio geográfico propio (geología, geografía, botánica, zoología, economía, etcétera), incluyendo amplios resúmenes, preferentemente en inglés.

— Publicar en inglés o en cualquier otra lengua mayoritaria en el contexto científico, los trabajos de investigación independientes del medio geográfico (química, microbiología, matemáticas, física, etcétera), sin dejar de publicar en catalán extractos, resúmenes o incluso el trabajo entero, antes o después de la edición en lengua mayoritaria.

He aquí unas propuestas que no dejarán de levantar polémica en muchos sectores inmovilistas.

■ JOAN SENENT-JOSA.

Santiago Nadal o el aprendizaje de un liberal

Hijo de un monárquico afiliado al partido conservador, Santiago Nadal militó en la Peña Blanca en cuanto se proclamó la República y secundó de alguna manera los dictados de Acción Española. Años después confesaría a Sergio Vilar: "Ahora no pertenecería a un partido de este tipo. Creo que el gran error de los monárquicos de aquella época fue adoptar posiciones de carácter tradicionalista. En este sentido, la labor de Acción Española, que entonces me pareció muy buena, ahora me parece errónea". Al estallar la guerra, Nadal permaneció algún tiempo en Barcelona, donde sufrió algunas pequeñas detenciones, antes de pasarse a la zona nacional, donde luchó en el frente del Norte y el de Madrid. Después ejerció como periodista en la zona de Franco: subdirector del "Diario Vasco", director de "El Correo Español" y de "Nueva Rioja", de Logroño. Al acabar la guerra vuelve a Barcelona, donde ocupa el puesto de redactor-jefe de internacional de "La Vanguardia". Nadal se manifiesta entonces como lo que fue en la segunda parte de su vida, un conservador cada vez más liberal, monárquico hasta la médula y progresivamente ganado para la causa del "fair play" inglés.

Sus comentarios periodísticos fueron calificados como aliadófilos en una época en que era grave ser aliadófilo es suficiente co-

mo para merecer detenciones. Nadal cuenta la suya: "Fui detenido en 1944 a causa de un artículo que publiqué y que se titulaba 'Verona y Argel', en el que me refería al proceso de Verona, en el que fueron condenados Ciano y otros. Y después, sobre Argel, donde De Gaulle mandó fusilar a un político de Petain que se había pasado; en lugar de acogerle mandó que le fusilaran. Yo decía en el artículo que había que terminar con los asesinatos políticos, las venganzas políticas. Este artículo fue aprobado por la censura. Pero Correa Veglison, entonces gobernador de Barcelona, dio orden de que me detuvieran. Estuve tres semanas en la Modelo, donde me trataron como a un preso común. Además, el señor Correa Veglison pidió permiso al ministro de Gobernación para mandarme por un periodo de seis meses al campo de concentración de Nanclares de Oca (Alava, creo), un campo muy duro. Me nos mal que a instancias de Josep Pla, el entonces alcalde de Barcelona, Miguel Mateu, fue a ver al gobernador, a decirle que no estaba bien aquello, y después de varios días de discusiones, por fin consiguió que con ocasión de Viernes Santo me pusieran en libertad".

No ardedró esta experiencia a Nadal. Sus comentarios de política internacional eran de lo poco



legible que publicaba la prensa española en los años cuarenta y cincuenta. Nadal desarrolló importantes tareas en el Consejo Privado de don Juan y puso en alerta continuamente a una potencial derecha democrática española para que despertara de su sueño y denunciara las hipotecas de poder y representatividad en que había incurrido. En 1971 fue elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona, elección que fue recibida con expectación por nuevos y viejos profesionales cansados y desgastados por el papel jugado hasta entonces por la Asociación. Nadal tuvo que ejercer asumiendo sus propias contradicciones y las del entorno. Entre lo que quería hacer y lo que podía, entre lo que los más críticos le exigían que hiciera y lo que los más encastillados le impedían hacer. Recuerdo que en un encuentro personal a raíz de unas elecciones complementarias hablamos de la dialéctica entre el poder y la oposición, y él estuvo de acuerdo en que nuestra función era criticar y exigir: "Pero conservando las formas. Fijese en los ingleses. Constituyen un pueblo admirable".

Sus últimos coletazos políticos fueron sonados. Primero, la publicación en libro de sus artículos sobre tema nacional aparecidos en la revista "Destino". Después, sus declaraciones a Alvarez Solís en el "Diario de Barcelona", en las que se pronunciaba por una monarquía basada en un pacto que abarcara a todas las fuerzas políticas: "... que no teniendo hoy juego en el Estado deben tenerlo, si aceptan, claro está, las instituciones que amparan ese pacto". Añadía después: "Hay que continuar la historia sin fracturas si aspiramos a ser libres y queremos evitar una tremenda reacción".

El tercer coletazo sonado fue su participación en la llamada "Bomba del Ritz" o reunión gastronómico-política, en la que por primera vez coincidieron públicamente para manifestarse por un pacto democrático personalidades de las más distintas tendencias políticas de Cataluña: entre el conservador-liberal Santiago Nadal y el abogado especializado en juicios de tribunales especiales, señor Solé Barberá, ya no mediaba un abismo, sino una simple distancia irreductible, pero sobre un terreno delimitado para la convivencia.

No puede hacerse otra semblanza de Santiago Nadal, o al menos no puedo hacerla yo, que le admiré como lector adolescente ávido de lenguaje verdadero, le combatí con otros compañeros en el seno de la Asociación de la Prensa y le justifiqué y comprendo plenamente como hombre digno y consecuente, cualidades que a veces están por encima de las cualificaciones políticas. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.